



www.loqueleo.com/co

Martina y la carta del monje Yukio

© Del texto: 2015, Alejandra Jaramillo Morales

© De las ilustraciones: 2015, Carlos Manuel Díaz Consuegra

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá — Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-38-4

Impreso en Colombia

Impreso por Quad Graphics Colombia S.A.

Primera edición en Alfaguara Juvenil Colombia: febrero de 2015

Primera edición en Loqueleo Colombia: mayo de 2016

Sexta reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2020

Dirección de Arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Martina y la carta del monje Yukio

Alejandra Jaramillo Morales



loqueleg

*A Matías y Libertad,
con mi amor agradecido.*

*A Ted Henken,
porque en su apartamento
en Nueva York imaginé
esta historia*

La carta del monje Yukio me tomó por sorpresa. Nunca me imaginé que de tanto ansiar que me llegara una carta se produciría el milagro. Yo esperaba una carta de mamá, que ella un día sintiera ganas de escribirme en papel y no en la pantalla del computador. Desde que llegué a Nueva York a finales de diciembre, con el único fin de hacerle una visita a papá, me fascinó que todos los días llegaban cartas al correo. Cartas y más cartas, revistas con



anuncios de ropa, música, libros y cuanto objeto uno se pueda imaginar. De la gran ciudad, y eso lo puedo decir con certeza, lo que más me había gustado era eso, la caja del correo, la llavecita con que papá me enseñó a abrirla y esa suerte de encontrar algo cada día. Que papá viviera en Nueva York no era importante para mí, de todas maneras vivía en Estados Unidos, lejos, muy lejos y eso era suficiente para que me llenara de intrigas. Pero de eso no hablemos ahora, de esos sueños que yo me hice durante los muchísimos años que no vi a papá. Bueno, de los cinco años calendario, en ese tiempo de los papás que confían en los números exactos para medir lo que no se puede medir.

Todo lo que me rodeaba era distinto. Bueno, un poco distinto; la vida era igual pero con objetos, palabras y olores diferentes. En Nueva York desayunábamos, almorzábamos y comíamos. Nos bañamos todos los días —a veces no en el invierno porque el frío es tan tremendo que el cuerpo parece perder por completo el sudor—. Salíamos al parque y veíamos mucha televisión, más de la que mamá me dejaba ver en Bogotá. Pero claro, todo eso que parecía igual era muy diferente, los

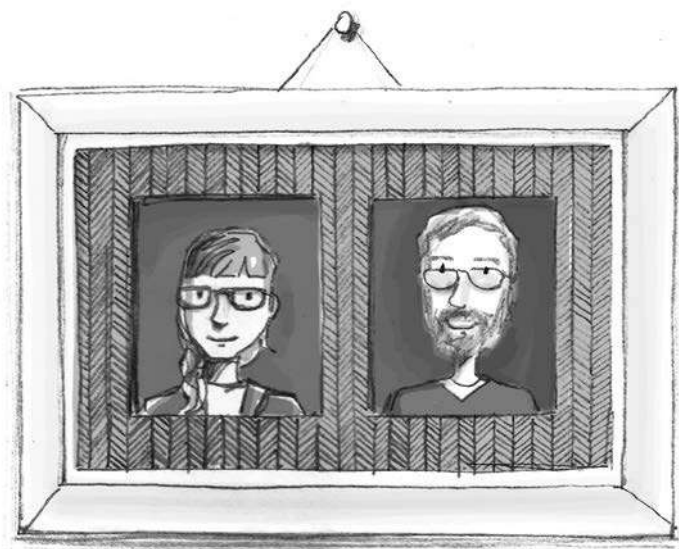


edificios viejos y altísimos, tanto que a veces me preguntaba cómo podía el oxígeno escurrirse entre tantos ladrillos y alcanzarnos, a nosotros, tan pequeñitos acá abajo. Los árboles pelados, bueno, no todos, porque algunos árboles no pierden sus hojas, pese a mi idea de que el invierno era un conjunto infinito de chamizos. La gente vestida con ropas que yo no había visto y papá ya no era alegre como antes. Pero, de todas maneras, mientras yo me trataba de acomodar a ese extraño desfase entre lo igual y lo diferente, a esa grieta donde el mundo parecía burlarse de mí por su aparente familiaridad siempre disfrazada, apareció el monje Yukio. Aunque cuando lo pienso, que él me escribiera una carta no debía ser tan raro. Él era tan extraño que seguro podía ser el último de los seres que se sentara a escribir una carta en papel en vez de usar el computador. El monje Yukio lo hacía todo diferente. En días de invierno lo encontrábamos en el antejardín del edificio, al lado de las escaleras que suben al portón, en posturas de yoga, las más extrañas que yo he visto, y se quedaba quieto por horas en medio de ese frío, y, para completar, lo hacía en camisa de manga corta. Caminaba tan

despacio que la gente alrededor casi quería sacarlo de los andenes, por el afán con que viven acá. Tenía una planta, ahora sé que es un cerezo japonés, y lo ponía frente a la puerta de su apartamento, no al lado como hacen los demás; no, él lo ponía frente a su puerta, como si el cerezo estuviera golpeando para entrar. Por eso, que él me mandara una carta no era tan raro, pero en realidad sí lo era porque para mí fue una gran sorpresa ver mi nombre escrito en tinta negra, con esas letras que parecían más bien caracteres orientales, en un sobre blanco y el nombre completo del monje y las direcciones de los dos que solo se diferenciaban por el número del apartamento. ¿Qué podría escribirme?

13





ΠΑΡΑ

Cuando era niña nunca imaginé que papá y mamá podrían estar separados. Me levantaba antes que ellos y los veía dormir. Me gustaba mucho verlos mientras dormían porque pasaban todo el tiempo abrazados y cuando se cansaban de estar pegados y alguno se salía del abrazo entonces la mano de uno de los dos se quedaba sobre el cuerpo del otro. Todo el tiempo sus cuerpos estaban en contacto. Pero una mañana el encanto se acabó.

—Martina, debes saber que papá se va a trabajar a Estados Unidos.

Papá se fue un día de mucho sol y mamá me mostró el avión en que papá iba volando hasta que nuestros ojos ya no alcanzaron a verlo más. Ella lloraba y lloraba, ¿cómo iba a dormir?, pensaba yo y luego, cuando el avión ya no se veía, me abrazó y



me dijo: —Tranquila, hija, pronto nos volveremos a encontrar con papá, todo va a ser para bien.

Días después mi papá pasó a convertirse en el papá del computador. Me mandaba cartas que mamá leía en voz alta y que poco tiempo después leería yo sola porque me empecé en aprender a leer para ver las cartas de papá. Y los fines de semana aparecía en la pantalla y me hablaba. Algunas veces, mamá llevaba el computador hasta mi cuarto cuando era la hora de dormir y papá en la pantalla me contaba historias. Yo veía a papá en la pantalla y sentía un poco de miedo. Me parecía que sus movimientos eran demasiado lentos. Detrás de él había un cuadro, era como un mapa gigante de Manhattan en dibujos animados y me impactó mucho cuando llegué a Nueva York y vi ese mismo cuadro. Entonces pensé cómo se sentiría mamá de ver mi cara junto al cuadro ese del que muchas veces habíamos hablado.

El tiempo entre la partida de papá y mi viaje a visitarlo se me hizo largo. En esos años hice mi primera presentación de ballet, aprendí a escribir cartas a mano, entré sola a cine con mis amigas del colegio, fui sola en avión a Cali a visitar a los

abuelos, creé mi cuenta en Facebook, me saqué las mejores notas de toda la primaria, deseé mucho el regreso de papá.

Lo que más me impactó cuando volví a ver a papá fue la suciedad de su apartamento. No solo era un apartamento diminuto en un edificio viejo, sino que cada cosa estaba cubierta por una capa de mugre, mamá la llamaría una costra, y yo con las uñas pasaba y dibujaba caras felices por ahí. El apartamento me pareció luminoso, pero adentro todo me dio una terrible impresión de inutilidad y devastación. Llegué a pensar que papá había recogido de la basura todos sus muebles y los objetos que usaba en la cocina. Y ahora sí no puedo escaparme de contar cómo habían sido mis sueños en los años en que papá no estaba. Porque fuera de ver a papá en la pantalla del computador o de leer sus cartas, él hacía presencia con los regalos que me mandaba. Siempre llegaba algo para mi cumpleaños, para la Navidad y para el día de los niños. Además,

cada vez que el ratón Pérez venía a dejarme plata —cuando todavía lograban engañarme—, unos días después llegaba un regalo de allá lejos. Pues bien, los regalos de papá eran hermosos. Ropa de princesas, platos y vasos de princesas, esquelas de princesas, afiches de princesas, todo en los rosados más maravillosos posibles, que a una niña como lo era yo en ese momento la llenaba de felicidad. Me imaginaba que papá vivía en un mundo así. Me imaginaba que él tendría un cuarto para mí igual que el que mamá me había ido construyendo en Bogotá, con todos esos objetos de princesas que tanto me gustaban. No, el cuarto que me tenía papá debía ser mejor, con telas majestuosas y brillos de colores, una verdadera habitación de princesa. Claro está que por la época en que terminé viajando a Nueva York ya no quería princesas, ya tenía mi cuarto lleno de afiches de *Violetta* y *One Direction*, ellos cantaban las canciones que por esos días nos encantaban a mis amigas y a mí. Pero aunque ya no esperaba un cuarto de princesa, en mis imaginaciones sí suponía que papá debía vivir en una casa bella, llena de objetos relucientes como los que nos había mandado siempre a mamá y a mí.



También imaginaba que su casa sería impecable, una tacita de té, como decía mamá, cuando me regañaba por cualquier desorden. Ella usaba el argumento de que papá me estaba viendo desde el computador y decía que seguro estaría muy molesto de que la casa estuviera sucia, acuérdate de cómo le gusta el orden a papá, decía ella. Y sí, yo me acordaba de que papá pasaba por toda la casa limpiando el polvo y haciendo que cada cosa estuviera en su lugar y, cuando entraba a mi habitación y todos mis juguetes estaban ordenados, me llevaba inmediatamente a la tienda a comer helado. Por todo eso, que su casa fuera así, diminuta y horrible, un espacio que parecía abandonado a su propia suerte, fue un gran impacto para mí. Bueno, eso lo sé ahora, porque uno con el tiempo va ordenando los recuerdos y les encuentra una memoria en el cuerpo o en la mente que le dejan saber cómo se sintió, pero en esos días yo acepté tanto desorden porque la alegría de tener a papá cerca era mucho más importante que cualquier otra cosa.

En el aeropuerto, cuando nos encontramos, nos dimos un abrazo muy largo. Yo al comienzo, cuando me bajé del avión, no sabía si iba a ser capaz

de reconocerlo, pero cuando ya me lo encontré de frente, cuando me agarré a su cuerpo y logré envolverlo con mis brazos, no me quería soltar. Me cargó y me dio unas cuantas vueltas. Me dio vergüenza que él hiciera eso. Como me daría vergüenza que hiciera muchas cosas más, querer leerme cuentos antes de ir a dormir o darme la comida con las manos. Luego entendí que papá no me había visto crecer y por eso seguía pensando que yo era una niña chiquita. Fue una amiga suya, otra colombiana, Luisa, que días después le hizo caer en cuenta de que yo era una preadolescente, que tal vez debía llevarme a lugares diferentes de los que él me estaba llevando. Eso cuando llegamos un día de una gran juguetería en Broadway. Sí, Luisa tenía razón, pero no del todo. Porque yo en ese lugar había revivido varias niñas que tenía dentro y me había alimentado del gusto de ver todo lo que me habría gustado tener en cada una de mis épocas pasadas. Pero la verdad, es que sí quería que papá entendiera que yo ya no era una niña, y fue gracias a su amiga, porque yo no era capaz de hacérselo saber. Si su casa estaba como estaba, debía haber algo en su alma que estaba también cubierto de

polvo y la tarea de limpieza podría durar meses. Yo no lo iba a rechazar después de tanto tiempo de no verlo. A veces me pregunto si con mamá hubiera sido así de amable. Tal vez no, tal vez habría sido implacable. No me beses como a una niña, no me trates así, mamá, ¿no te das cuenta de que crecí?

Llegar a Nueva York, a casa de papá, no fue fácil. No porque el viaje hubiera sido demorado o algo por el estilo. No. Fue difícil porque me gasté mucho tiempo en dejar de sentir que estaba viendo una película, sentía que todo lo que me rodeaba era irreal. La primera mañana lo sentí con papá. Habíamos dormido en la única cama que había en el miniapartamento donde papá vivía. Me desperté y por muchos segundos, no sé cuántos, pero sé que fue un tiempo extenso, mucho más que el despertar de cualquier otro día de mi vida, tuve que tratar de ajustarme al espacio en el que estaba. Una película completa pasó por mi cabeza. Mamá diciéndome que me iba a visitar a papá. La maleta que empacamos, la salida de casa, el aeropuerto en Bogotá, las horas del vuelo, la llegada. Los olores a nuevo que había sentido desde el día anterior,

porque ese país olía como a caja de juguetes recién abierta. Y en especial la luz que entraba en la habitación que se hacía más visible por las minúsculas partículas de polvo que volaban en el ambiente. Papá estaba en la cocina, lo supe porque alcancé a oír el movimiento de platos y ollas. La verdad, la cocina quedaba tan cerca que no era nada raro que lo oyera, pero yo estaba tan lejos, tan fuera de esa realidad, que todos los sonidos me llegaban como pasados por el hueco larguísimo de una chimenea. Cuando llegué hasta donde él estaba me quedé observándolo, una vez más por muchos segundos que parecieron como salidos del tiempo y el espacio presentes. Sus movimientos eran lentos, casi imperceptibles, su cuerpo estaba mucho más delgado de lo que yo recordaba pero a la vez parecía más macizo. Yo asombrada seguí mirándolo, no sabía cuándo papá se había convertido en ese hombre mayor que ahora veía allá a lo lejos en esa película que no era mi propia vida. Cuando finalmente papá sintió mi presencia, el momento en que una pequeña parte de mí alcanzó a hacer presencia en ese lugar, se volteó a mirarme. Estaba ya bañado y me enterneció verle la cara limpia,



impecable, como si el papá de antes todavía se escondiera tras este hombre. Me hizo un gesto con la mano de que me sentara en la mesa y me llevó un plato con comida.

—Saqué vacaciones para poder estar contigo —dijo mientras yo me acerqué y me senté. Entonces papá pasó sus brazos alrededor de mi cuello y continuó—, quiero dedicarme solo a ti —me dio un beso en la mejilla y regresó a sus tareas.

Después fue con la ciudad. Ahí sí era más que lógico sentirse dentro de una película. Para empezar papá me llevó en *subway* hasta la estación donde la señora le pega al león en *Madagascar*. Como le hablé tanto de ese lugar y de lo mucho que me había gustado verlo en el cine, entonces salimos inmediatamente para el zoológico del Central Park. Caminamos varias horas en el zoológico y yo trataba de decirle a papá que me sentía rara, que quizás me gustaba más un mundo donde uno pudiera ver el otro lado de la vida de los animales. Yo sabía que volverse grande era algo así como aceptar el mundo con esos pálidos colores, con esa cotidianidad aburrida donde las cosas solo tienen una manera de existir. Pero yo venía de una infancia

llena de luces y sueños, de gnomos y hadas y aun en ese momento en que me debatía por hacer que mi papá, al igual que lo venía haciendo con mamá, entendiera que yo podía comportarme como un ser grande, deseaba que ese hombre al que había ansiado tanto ver, pudiera entenderme y saltara a otro lado de la realidad para conversar conmigo y con los animales, con el aire, con los árboles. Pero nada. Papá seguía leyéndome en cada letrero toda la información de los animales y me preguntaba a cada paso qué sabía de lo que me acababa de leer. La verdad es que esa era una de las preguntas que más habría de hacer papá en los primeros días que pasamos juntos. Como si su tarea, o su función conmigo, fuera la de un detective que necesita descubrir la verdad de todo lo que pudiese haber en mi mente.

Fuimos también a patinar, en medio del frío suntuoso —y estoy segura de que esa es la palabra más adecuada para esa sensación del invierno en la piel—, primero al Central Park, otro lugar lleno de películas, donde visitamos la estatua de Balto, el perro salvador, y después a patinar al Rockefeller Center. Ahí papá me agarraba de la mano y

me llevaba por el hielo, como en un vuelo. Claro que para llegar a ese vuelo sufrimos varias caídas los dos, pero bueno, era solo cuestión de acostumbrarse. Visitamos el Museo de Ciencias Naturales y varios museos de artes. Me gustó mucho cuando papá me contó que algunos cuadros estaban hechos con pinceladas rápidas para producir sensación de instantes que se van rápido. Como contener los colores de un atardecer, ¿o es que hay algo más difícil de mantener?

Fueron días fascinantes para mí, por todo lo que veía, por lo que sentía, por lo que hacía. Pero de otro lado eran días difíciles. La realidad seguía sin ser algo tangible y no podía saber si mis reacciones frente a papá lograban expresarle algo de lo que él quería de mí, después de tanto tiempo, en esos pocos días que la vida nos estaba dando para estar juntos. Por las noches, cuando mamá me preguntaba por Skype si me gustaba lo que veía, a mí me salía un sí. Eso y no más. Sí, me gusta todo, pero cuéntame más, hija, cuéntame qué has visto. Chévere, mamá, todo bien. Y papá pasaba cerca y me miraba, pero yo no tenía otras palabras para hablar con ellos, no sabía cómo contarle a mamá

que todo eso era muy emocionante. Sí. Esa palabra envolvía todo lo que para mí eran cataratas de emociones y silencios. Que papá estuviera feliz conmigo era muy importante para mí, pero yo quizás no sabría cómo contárselo.